

## CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

- Con todo eso - respondió don Quijote -, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dios córides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos.

- Más bueno era vuestra merced - dijo Sancho - para predicador que para caballero andante.

- De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, respondió Sancho - dijo don Quijote -, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma ni la pluma a la lanza.

## CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí y procuremos donde alojarnos esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantras ni manteadores ni fantasmas ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

- Pídeselo tú a Dios, hijo, dijo don Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano y atientamente con con el dedo y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan de este lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos y, estándole tentando, le dijo:

- ¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

- Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

- Digo cuatro, si no eran cinco, respondió don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

- Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

palma de la mano.

- ¡Sin ventura yo! - dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba -, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada.

«Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso quequieres.

Hízolo así Sancho y encaminose hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin saber del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

4

## CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos

- Paréceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan a manteles ni con la reina Zolgar, con todo aquello que a esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir hasta quitar aquel almete de Malandrino, o como se llama el moro, que no me acuerdo bien.
- Tienes mucha razón, Sancho - dijo don Quijote -, mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la mantaja; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la orden de la caballería para todo..
- Pues ¿juré yo algo, por dicha? - respondió Sancho.
- No importa que no hayas jurado - dijo don Quijote -; basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí o por no, no será malo proveernos

6

## CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

de remedio.

- Pues si ello es así - dijo Sancho - ~~Pero~~ mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana a las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que parecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotoje.

Y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una ventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fue que la noche cerró con alguna escuridad, pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas, de buena razón hallaría en él alguna venta.

Yendo, pues, de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estras que se movían. Pasmose tiró el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían. A cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron a don Quijote, el cual,

### CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

animándose un poco, dijo:

- Ésta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

- ¡Desdichado de mí! - respondió Sancho -; si acaso esta aventura fuese de jantasma, como como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sujan?

- Por más jantasma que sean - dijo don Quijote -, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la topa; que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.

- Y si le encantan y entromecen como la otra vez lo hicieron - dijo Sancho -, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

- Con todo eso - replicó don Quijote -, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

- Sí tendré, si a Dios place - respondió Sancho.

Y, apartándose los dos a un lado del camino, tomaron a mirar atentamente lo que aquello de

## CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de quartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo, entutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto a don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le



CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

avino a su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún malferido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada, y, sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar, y cuando los vio cerca alzó la voz y dijo:

- Deteneos, caballeros, o quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, o vosotros habéis fecho o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que feastes o bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

- Vamos de priesa - respondió uno de los encamisados - y está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula pasó adelante. Sintiose de esta respuesta grandemente don Quijote y, trabando del freno, dijo:

- Deteneos, y sed más bien criado y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se

## CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

es punto de manera que alzándose en los pies  
 dio con su dueño por las ancas en el suelo.  
 Un mozo que iba a pie, viendo caer al encami-  
 sado, comenzó a denostar a don Quijote; el  
 cual ya encolerizado, sin esperar más, entis-  
 trando su lanzón arremetió a uno de los enlutados  
 y malferido dio con él en tierra; y, revolviéndose  
 por los demás, era cosa de ver con la presteza  
 que los acometía y desbarataba, que no parecía  
 sino que en aquel instante le habían nacido  
 alas a Rocinante, según andaba de ligero y  
 orgulloso. Todos los encamisados era gente  
 medrosa y sin armas, y así, con facilidad en  
 un momento dejaron la refriega y comenzaron  
 a correr por aquel campo, con las huchas  
 escondidas, y que no parecían sino a los de  
 las máscaras que en noche de regocijo y  
 fiesta corten. Los enlutados así mismo, revol-  
 tos y en vueltos en sus fuldamentos y loras,  
 no se podían mover, así que muy a su lado  
 don Quijote los apaleó a todos y les hizo dejar  
 el sitio mal de su grado, porque todos  
 pensaron que aquél no era hombre, sino  
 diablo del infierno, que les salía a quitar el

### CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí:

- Sin duda, este mi amo es tan valiente y esgorzado como él dice.

Estaba una hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver don Quijote, y, llegándose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese: si no, que le mataría. A lo cual respondió el caído:

- Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada; suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometería un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

- Pues ¿Quién diablos os ha traído aquí - dijo don Quijote - siendo hombre de Iglesia?

- ¿Quién, señor? - replicó el caído -. Mi desventura.

- Pues otra mayor os amenaza - dijo don Quijote -, si no me satisfacéis a todo cuanto primero os pregunté.

- Con facilidad será vuestra merced satisfecho - respondió el licenciado -, y, así, sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era

### CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fue depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

- ¿Y quién le mató? - preguntó Don Quijote

- Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron - respondió el bachiller.

- De esa suerte - dijo Don Quijote - quitado me ha Nuestro Señor del trabajo, que había que tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, haciéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si a mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la banda llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuerzas y desfaciendo gravios.

- No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuerzas - dijo el bachiller - pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerco, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el gravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme graviado de manera

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

que me quedaré agraviado para siempre; y hasta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras.

- No todas las cosas - respondió don Quijote - suceden de un mismo modo. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veniades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabades cosa mala y del otro mundo; y, así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os judgé y tuve siempre.

- Ya que así lo ha querido mi suerte - dijo el bachiller -, suplico a vuestra merced, señor caballero andante que tan mala andanza me ha dado, me ayude a salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

- ¡Hablará yo para mañana! - dijo don

## CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

Quijote - ¿Y hasta cuando aguardábadles a decirme vuestro afán? Dio luego voces a Sancho Panza que viniese, pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán y, recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento y luego acudió a las voces de sus amos y ayudó a sacar el señor bachiller de la opresión de la mula, poniéndolo encima de ella, le dio el hucha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiese perdón del agravio que no había sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole también Sancho:

- Si acaso quisieren saber estos señores quién ha sido el valeroso que tales cosas puso, dirades vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el caballero de la Triste Figura.

Con esto se fue al bachiller, y Don Quijote le preguntó a Sancho que qué le había movido llamarle «el Caballero de la Triste Figura» más entonces que nunca.

- Yo se lo diré - respondió Sancho - porque le he estado

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

mirando un rato a la luz de aquella bracha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el consorcio de este combate, o ya la falta de los muelas y dientes.

- No es eso - respondió don Quijote -, sino que el sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros perados: cuál se llamaba el de la Ardiente Espada; cuál, el del Unicornio; aquél, el de las Dancelleras; aqueste, el del Ave Fénix; el otro, el caballero del Grifo; estotra, el de la Muerte, y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora me llamasen el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde luego en adelante; y para que mejor me cuadre ~~triste~~ nombre, determino de hacer pintar, quando halla lugar, en mi escudo una muy triste figura.

- No has para qué gastar tiempo y dineros en

## CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

hacer esa figura - dijo Sancho-, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro a los que miraren, que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamanán el de la Triste Figura; y créame que le digo la verdad, porque le prometo a vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.

Rióse don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo o rodela como habrán imaginado.

- Olvidábase de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto la manos violentamente en cosa sagrada, «*uxta illud*», «*Si quis suadente diabolo*», etcétera.

- No entiendo ere latín - respondió don Quijote-, mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestigios del